

POSDATA A LA NUEVA EDICIÓN DE *LAS CONTRADICCIONES CULTURALES DEL CAPITALISMO*

TRADUCCIÓN DE MERCEDES CÓRDOBA Y MAGRO

LAS CONTRADICCIONES MORALES (Y ECONÓMICAS) DEL MARXISMO, por lo menos en su versión soviética, se han resuelto. Ahora sólo quedan las contradicciones culturales del capitalismo.

El papel del marxismo en la Unión Soviética fue un "fraude" desde el principio. Marx había supuesto que las naciones capitalistas tenían que pasar por una revolución "democrática" (es decir, política) antes de que se diera una revolución "social" (es decir, económica), y que el socialismo era una "fase superior" en la evolución de la sociedad posterior al capitalismo. Mientras que muchos habían predicho que la Revolución de Febrero significaba el ingreso de Rusia al proceso político democrático, nadie había predicho lo de Octubre. La revolución bolchevique fue un producto de la voluntad: fue el éxito táctico de un partido de vanguardia sumamente organizado que se adueñó del poder en una situación caótica. Incluso entonces, casi todos los bolcheviques que habían trabajado clandestinamente en Rusia, incluyendo a Stalin, se opusieron primero a la idea de una insurrección, y sólo cambiaron de opinión cuando Lenin regresó a Rusia en abril y declaró cuál sería la nueva línea. Trotsky, que había ingresado al partido bolchevique tras un decenio de desacuerdos, proporcionó una disculpa teórica para la nueva línea con su teoría del "desarrollo combinado" y con la idea de que la Revolución Rusa provocaría una revolución en Alemania y en las sociedades capitalistas avanzadas. En esa época, si acaso había quien pensara en el "socialismo como un sólo país" (para no hablar del "socialismo como una sola familia", como después en Rumania y en Corea del Norte) o en la larga marcha de la industrialización forzada, serían pocos.

Lo que ahora llama la atención es lo ingenuas y simplistas que eran las ideas de Lenin y de los bolcheviques acerca de los problemas para organizar una sociedad y manejar una economía. Durante los primeros días del "comunismo bélico" (una forma de "comunismo en bruto", parafraseando lo que dijo Marx sobre la idea de la nivelación en los *Manuscritos económico-filosóficos*) se suprimió el dinero, se suprimieron los rangos en el ejército y se igualaron todos los salarios. Se suponía que la planeación consistía sencillamente en hacer que las necesidades casaran con la población. En diciembre de 1920, la GOELRO, la Comisión Estatal para la Electrificación de Rusia (en una frase célebre, Lenin dijo: "El comunismo es igual al poder soviético más la electrificación de todo el país"), divulgó el primer plan económico para la nación. Lenin escribió que era "un plan verdaderamente científico. Contamos con los cálculos exactos de los expertos en todas las ramas de la industria. Contamos... para dar un pequeño

ejemplo... con el cálculo de la producción de calzado: dos pares por persona (trescientos millones de pares)... Contamos con una hoja de material y balance financiero para la electrificación (cerca de trescientos setenta millones de días laborales, tantos sacos de cemento, tantos tabiques, tantos *puds* de hierro, cobre, etcétera; la fuerza de los turbogeneradores, etcétera)".

Por supuesto, los "cálculos exactos" eran más bien cálculos a ojo de buen cubero basados en una aritmética económica harto rudimentaria, y en un punto de vista tan "complicado" como la declaración hecha antes por Lenin, en *Estado y revolución*, de que administrar al Estado era tan complejo como dirigir la oficina de correos.

Para 1921 la economía soviética estaba desintegrándose, así que se introdujo la Nueva Política Económica (NPE). Se abolió la requisita de cereal a los campesinos, se desnacionalizó el comercio en pequeña y mediana escala y se reintrodujo la empresa privada; asimismo, se decidió que las grandes empresas nacionales se rigieran por la "contabilidad de costos".

Esto funcionó durante cierto tiempo, pero en 1925 la "inflación reprimida" amenazaba con hacer trizas a la economía. Era evidente la necesidad de una nueva industrialización. En la jerga soviética, era menester pasar de la "restauración" (que era la NPE) a la "reconstrucción"... o *perestroika*: irónicamente, en aquel tiempo se usó esta palabra.

De 1925 a 1928 hubo en la Unión Soviética una gran discusión acerca de la industrialización. Lo notable es la claridad con que cada partido comprendía las consecuencias de su posición: el razonamiento expresado por Bujarin (llamado "de derecha") consistía en ablandar a los campesinos (dijo "Enrichissez-vous", repitiendo conscientemente la famosa observación de Guizot: los revolucionarios siempre empleaban metáforas del pasado), a los que se animaría, mediante incentivos económicos, a "volverse socialistas". La inversión de capital en la industria tendría que limitarse a lo que los campesinos toleraran, a fin de que el poder soviético se consolidara. El punto de vista de la "izquierda", expresado por Preobrayensky (apoyado encubiertamente por Trotsky), tímidamente expresaba la fórmula de "acumulación socialista primitiva" según el modelo de Marx de "acumulación socialista primitiva" que describe en la parte VIII del volumen I de *El capital*: quebrantar la "autarquía" del campesinado, exprimir a los pequeños comerciantes, aumentar el capital mediante la manipulación de precios por el Estado, y concentrar todas las inversiones en la industria pesada y la energía eléctrica.

Al principio Stalin, por razones políticas, se puso de parte de Bujarin y en contra de Trotsky; luego de la victoria se volvió en contra de Bujarin. El quid del asunto, pues Stalin sabía lo recalcitrante que puede ser el taimado campesino, fue la colectivización forzosa de la agricultura, la hambruna en Ucrania y la deportación y el asesinato de miles y miles de *kulaks*. La industrialización forzada había empezado su larga marcha. Empero, la industrialización, aplicada obligadamente desde el centro, tiene sus límites, y para los años de 1960 la economía soviética había empezado su largo periodo de desaceleración y estancamiento.

¿Fue planificada la economía de la Unión Soviética? La respuesta sencillamente es: no. La economía soviética fue una economía "movilizada" con dos deficiencias fundamentales: buscaba resultados físicos (por ejemplo, tonelaje de acero) y empleaba un sistema de equilibrios materiales para medir el éxito logrado sin medir los costos reales. Y la falta de un mecanismo con tasas de interés (por el dogma, derivado de Marx, de que el interés era usura y explotación) significaba que no podía medir los verdaderos costos de capital y hacer partidas eficaces.

En principio, la economía movilizada no era muy distinta de la economía de guerra del Consejo de Producción Bélica de los Estados Unidos, del Ministerio de Abastos del Reino Unido, o del *Wehrwirtschaft* de la Alemania nazi de Albert Speer. Lo que tenía además era una planeación con fines físicos: el número necesario de aviones, barcos y tanques y el control y la distribución de materiales clave (como el acero, el cobre y estaño) a determinadas fábricas, junto con el control de precios y salarios. Durante la guerra se reconoce el papel del gobierno como el "consumidor" principal que configura la producción según determinadas necesidades, aunque también se reconoce que este sistema centralizado no es posible en una economía libre y diversificada que responda a la "soberanía del consumidor" particular.

Para resumir el problema, la Revolución Rusa (Octubre) fue la revolución equivocada en el tiempo equivocado, el lugar equivocado, llevada a cabo por la gente equivocada. Y hemos pagado este desastroso acto consciente de "forzar a la historia" durante la mayor parte del siglo xx.

¿Es posible la economía planeada? Ésta es una pregunta más difícil. Marx nunca tuvo una teoría de economía planeada, pues pensaba (desde el *Manifiesto comunista* hasta el penúltimo capítulo del volumen I de *El capital*) que el capitalismo resolvería el problema de la "producción", es decir, superaría la escasez gracias a las "fuerzas de producción", frenado sólo por la propiedad privada y las "relaciones sociales de producción", y que el socialismo era básicamente un problema de distribución que debían resolver solidariamente los dueños —dueños nuevos y socializados— de los medios de producción.

Ahora sabemos que acaso el problema de la "producción" nunca se resuelva. Probablemente siempre haya más demanda (a necesidades nuevas, deseos nuevos) de bienes limitados. Aunque distingamos, como el finado Fred Hirsch, entre bienes "distribuíbles" (los que pueden multiplicarse fácilmente) y bienes "de posición" (los que son intrínsecamente escasos, como el número de casas que caben en la punta de la montaña), queda el problema de la asignación de las partidas. Y si la escasez de recursos entre competidores sigue

siendo el problema, el dilema es si hay que preferir un sistema de mercado o un sistema ordenado.

Históricamente, la mayor parte de los bienes se distribuían ordenadamente; los distribuía un gran señor o los monjes recibían los beneficios (casa y sustento). El dinero y el mercado (como señaló Simmel hace tiempo) eran los medios de liberación, ya que con dinero uno podía elegir dónde vivir y comprar lo que prefería. Pero si ha de haber una economía de mercado, entonces la justicia social exige una distribución justa y equitativa del ingreso, a fin de que las personas puedan solicitar en plan de igualdad los bienes que desean. Cuando la distribución del ingreso es muy desigual, el mercado designa los bienes de acuerdo con el "promedio preferencial" de dinero, lo que puede ser injusto, sobre todo cuando no se trata de dinero ganado. De manera que si hemos de tener una economía de mercado, necesitamos además una definición de la ciudadanía (lo que he llamado "la familia pública") que le permita a los individuos participar plenamente, tanto en el mercado como en la organización política, en cuanto miembros de la sociedad civil. La economía de mercado sin sociedad civil es una monstruosidad individualista. El socialismo queda como una pregunta sin respuesta.

Y ahora ¿qué pasa con las contradicciones culturales del capitalismo? El capitalismo burgués, como he indicado, trataba de unificar a la cultura, la estructura típica y la economía en un marco común que puede definirse de la manera más sencilla con las palabras de Max Weber como "la ética protestante" o, con las palabras de Thomas Mann, como la genealogía de los Buddenbrooks. Era sobrio, prudente, y en el arte (en la literatura y la pintura) hacía una descripción realista, una "teoría de correspondencia de la verdad", por así decirlo, entre la palabra y el objeto.

En la cultura, el modernismo acabó con la visión burguesa del mundo. El modernismo desorganiza la mimesis; es experimental; en términos espaciales hace hincapié en múltiples perspectivas y diferentes ángulos de visión, y, con su desintegración del tiempo, en el flujo de la conciencia y el acento en la *durée* más que en la cronología métrica. Con todo, sigue relacionado con la cultura y el arte tradicionales en su búsqueda (de hecho, en algunas artes, la centralidad) de la forma. En su búsqueda de la "realización de la forma" (para emplear la frase de Aristóteles), no del despliegue inmanente de una lógica (como en la forma de la sonata o en la figura que surge de una piedra) sino de una entidad *construida* con la voluntad y la imaginación del artista aunque, como en las múltiples distorsiones y la visión frontal en el mismo plano de los retratos de Picasso, no es la forma "realista" tradicional. Hay un acento en la materialidad, la textura, el grueso de la pintura y la pincelada del artista, con frecuencia como fines en ellos mismos, no como instrumentos para describir el contenido. La búsqueda del orden es la búsqueda de formas ocultas en la poética formalista de Roman Jakobson y la antropología estructural de Lévi - Strauss, con su imposición de códigos binarios como la lógica oculta del mito, o la crítica formalista de Clement Greenberg en la pintura. Con respecto al arte "clásico", es el movimiento de lo que sabe quien sabe como punto de partida del conocimiento y la impresión.

El modernismo de hoy y, por supuesto, la idea misma de la modernidad, son atacados por dos movimientos sumamente

discordantes. Uno es la corriente del "posmodernismo" en la cultura, el otro la "revuelta en contra del modernismo" de los grupos fundamentalistas y religiosos. El primero ataca la idea de la cultura misma. El segundo rechaza el experimentalismo y el racionalismo (la médula del liberalismo en el sentido norteamericano) que hay en el fondo de la idea de modernidad.

En filosofía, el posmodernismo es un ataque al "sujeto", al ego cartesiano que cimenta los términos del discurso filosófico a partir del siglo XVII. Fijar todas las dudas en el *cogito* es concederle a la mente un lugar de honor en los fundamentos del conocimiento. Para Michel Foucault, ésta es una división del trabajo intelectual que no debiera conservarse, como sucedía, de manera parecida, en el ataque de Norman O. Brown a Freud porque creaba una división especializada de la función en las emociones sexuales. Para los dos, la idea del "perverso polimorfo" consistía en reemplazar la jerarquía del intelecto como dominio.

En la cultura, el posmodernismo es la democratización del modernismo; borra la distinción entre el gran arte y la cultura de masas, y rechaza por elitista la idea de un "canon" o juicio.

Muchas de sus raíces en la pintura se encuentran en el arte pop de fines de los sesenta. Si Cézanne puede pintar manzanas en una naturaleza muerta ¿qué "pero" ponerle a la enorme hamburguesa de Claes Oldenburg? Si el retrato al óleo es un género principal de la pintura histórica ¿qué "pero" ponerle a los múltiples en pantalla de seda y de distintos colores fosforescentes de Andy Warhol?

En literatura, cada quien se vuelve su propio autor al "desconstruir" el texto y leerlo según su propia idiosincrasia. Ninguna lectura y ninguna interpretación puede considerarse mejor que ninguna otra.

En arquitectura tenemos la confusión de estilos, de modo que Philip Johnson puede ponerle un remate de mueble Chippendale al rascacielos de la ATT en la calle Madison de Nueva York.

Poco importa que a Cézanne le interesara mostrar al volumen como un aspecto de la forma, o que Mies se propusiera establecer la pureza del estilo arquitectónico. Lo que tenemos en el posmodernismo es un *pastiche* y una parodia en las galerías intelectuales de los *culturalati*. Lo único que podemos hacer es declarar, tal vez con un suspiro, que también esto pasará.

Que la cultura y la educación se han trivializado es cosa seria, pero la "revuelta en contra de la modernidad" que vemos en tantas partes diferentes del mundo constituye una amenaza mayor para la diversidad y el pluralismo de la vida moderna. Es cierto que el modernismo con frecuencia traspasó sus límites, sobre todo cuando la imaginación se practica como un estilo de vida. Y no establecer límites o frenos morales ha sido una falla del liberalismo. Pero éstos son pelillos a la mar comparados con la violenta embestida contra el modernismo que, como vemos, emprenden tantos países.

La modernidad como perspectiva del mundo proviene de muchas fuentes.¹ Una de éstas es un individualismo radical en el cual el logro se relaciona con los esfuerzos de las personas por liberarse de lazos imputables y hacer su propio camino económico en las sociedades angloamericanas... en el mundo. En su versión más notable, de la Revolución Francesa sacó la idea de que los hombres, por sus propios esfuerzos,

debían (y podían) arrancar de raíz a la sociedad y rehacerla metódicamente. Lo que unía a estos esfuerzos era el repudio del pasado y la orientación hacia el futuro. Entonces, si hay una conexión entre las diferentes revueltas en contra de la modernidad, es su hincapié en la continuidad y la tradición, y su aversión por el secularismo y el universalismo que constituyó la utopía de la Ilustración.

Todo esfuerzo rudimentario (pues no es una sola doctrina o movimiento) sigue sus propios caminos culturales y reacciona contra diferentes facetas de la modernidad. El esfuerzo más avasallador de todos, como vimos en los últimos años, fue el del fundamentalismo islámico y el gobierno iraní del ayatola Jomeini. Jomeini instaló un régimen teocrático que fusionó a la religión con la política, contrario a los empeños modernizadores del Cha, de separar a la política de la religión. La creencia religiosa es la roca de la resistencia a la modernidad. No puede haber un reino secular: el Corán rige todas las áreas de la vida.

La idea panglossiana de que el destino de estos regímenes fundamentalistas es ser transitorios porque parecen "antitecnológicos" tergiversa la relación de la tecnología y la cultura. La Alemania nazi fue uno de los primeros movimientos de la antimodernidad, y se inspiraba mucho en el romanticismo de la sangre y de la tierra, en el mítico nudo ciego *Volks* y *Gemeinde* contrario al impersonal *Gesellschaft* de la empresa y el cosmopolitismo sin raíces del mundo moderno. Con todo, Hitler pudo combinar este frenesí con la maquinaria militar tecnológica más adelantada del mundo.

El empobrecimiento espiritual de Occidente ha sido el tema constante de Alexander Soljenitsin. ¿Cuál es el valor del desarrollo económico, los bienes materiales y los llamativos atavíos de la cultura de consumo si en este trueque Faustiano el hombre ha cedido su alma? Soljenitsin cree que los humanos se realizan mediante el sufrimiento y la purificación, el rechazo del egoísmo y la comprensión de esa experiencia existencial. En este sentido, Soljenitsin ha vuelto a los temas tratados vigorosamente hace ochenta años por un grupo de pensadores religiosos rusos que publicaron una serie de ensayos, *Veji (Hitos)* en 1905. Estos hombres —Nicolás Berdiaev, Mijail Bulgakov, Peter Struve y Semion Frank— habían sido racionalistas, modernizadores, radicales e incluso marxistas, pero conforme fueron advirtiendo, sobre todo en los ensayos de Semion Frank, que el bolchevismo era una religión secular (la primera en hacer este análisis y juicio) repudiaron al marxismo y casi todos tomaron uno u otro camino de regreso a las creencias religiosas.

El movimiento en contra de la modernidad gana fuerza hoy dentro de la Iglesia Católica con el renovado ataque de Juan Pablo II en *Modernismo*. La condenación del modernismo se remonta a la encíclica de León XIII, *Rerum Novarum*, de 1870, y fue refrendada por la declaración de Pío X en 1907 en *Lamentabili*, que definía al modernismo como la suma y esencia de todas las herejías. Juan Pablo ha fundido las dos encíclicas: ha vuelto a afirmar la ortodoxia de la Iglesia con respecto a la moral y la creencia, y además aprovechó la insistencia de la *Rerum Novarum* en la justicia económica y social. Lo interesante es que en estos asuntos la Iglesia es radical en economía y conservadora en doctrina teológica. Como la familia, y no el individuo, es la unidad importante de la sociedad, la Iglesia nunca ha aceptado por completo el principio de

mercado (sobre todo para los salarios) sino que acepta implícitamente una teoría laboral del valor, como en el concepto del "precio justo". (Véase esto con más detalle en los escritos del olvidado economista católico Heinrich Pesch).

La reacción en contra de la modernidad no se limita a la "derecha". En figuras como Rudolf Bahro, el antiguo comunista de Alemania Oriental y gurú de los "Verdes", encontramos una virulenta perspectiva antiindustrial y anti-tecnológica que lo llevó a una forma de misticismo hindú y a retirarse a un ashram. (Pero ¿puede volverse todo el mundo un ashram?)

También los Estados Unidos han sido testigos, en los últimos años, de una reacción en contra de la modernidad en las formas más ásperas de la Mayoría Moral, la "nueva derecha", la derecha cristiana y los variados empeños del gobierno de Reagan por implantar la oración en las escuelas, por no emplear el dinero público para el aborto, excepto para sancionarlo legalmente, por regresar a lo fundamental en la educación y por establecer una retórica moral como andamiaje de la legislación política. Es el regreso de lo reprimido.

Podríamos decir que la historia de la política y la cultura norteamericana es la tensión recurrente entre el tradicionalismo y la modernidad. El tradicionalismo tiene sus raíces en la vida de pueblito de los Estados Unidos y en su protestantismo fundamental. La modernidad es la expansión de las actitudes liberales y cosmopolitas en las ciudades. Hace mucho que el temor a la ciudad está presente en la vida de los norteamericanos.

Se trata de una combinación muy rara y de una curiosa serie de contradicciones. Aunque el señor Reagan afirmaba la autoridad en la esfera moral, la atacaba en su populismo político. La reacción en contra de la modernidad cultural va de la mano con el individualismo (modernidad) económico. El conservador populista trata de instalar la tutela pública en la conducta moral privada, y de eliminar todas las restricciones públicas a la conducta económica privada. El señor Reagan deseaba un gobierno fuerte (apuntalado por las poderosas fuerzas armadas) en los asuntos externos y un gobierno débil (con poca responsabilidad social por el bienestar general) en los asuntos internos. Invocaba a los fundadores de la Patria, el grupo más brillante de intelectuales y pensadores norteamericanos, y no obstante era antiintelectual en su retórica y en sus ataques al liberalismo.

Así pues, en todas estas distintas formas hay un ataque no sólo al modernismo cultural, sino también al liberalismo político. Es ese mismo ataque lo que los une y, lo que es más importante, lo que nos regresa al terreno de la filosofía política para buscar justificaciones y defensas de la modernidad, por encima de las mojigaterías sencillas de la Ilustración o de las perogrulladas de la idea de progreso.

En cualquier discusión razonada sobre la naturaleza de un orden justo o del carácter deseado en una sociedad hay que recurrir a la filosofía política. Hace mucho que los términos "modernos" de izquierda y derecha se desgastaron y perdieron su significado, aunque permanece su vocabulario, que ahora se usa más como lenguaje insultante. Las premisas del liberalismo se han hecho trizas debido a las complejidades del manejo de una economía moderna armonizada, la simplicidad y los bumerangs de los programas sociales, y la incapacidad del liberalismo para poner límites a la conducta

licenciosa que ha desatado o aprobado. Y la muerte del socialismo es el acontecimiento político más trágico del siglo XX.

Sin embargo, estos fracasos (con sus duras consecuencias) han sido más que nada fracasos de los medios, no necesariamente de los ideales. La modernidad era positiva porque estaba abierta a la experiencia, a diferencia de los mundos cerrados de la ortodoxia fanática; porque hacía hincapié en la capacidad de la fuerza humana para una creatividad que no surgía sólo de la tragedia o de una pulida mimesis de la naturaleza, sino de la imaginación de los hombres que estructuraban nuevas formas y nuevos modos de experiencias y de arte.

En la filosofía política, pero no en la cultura, se inicia ahora una nueva discusión cuyas cualidades positivas son el empeño por exponer de nueva cuenta asuntos fundamentales sin matizarlos con el viejo y aporreado bagaje ideológico. Las discusiones del siglo XIX que continuaban vivas hasta el presente justamente se consideraban como los reclamos de la igualdad en contra de la libertad. Este fue un marco establecido por Tocqueville, Mill y Fitzjames Stephens lo discutieron hace cien años, y Tawney y Hayek hace poco.

Hoy, los términos de la filosofía pública se expresan de nueva cuenta en distintas formas: en filosofía, como *los derechos* en contra de *lo bueno*; en política y cultura, como el individualismo contra el comunitarismo. Todos los esfuerzos por achacar estas distinciones a la izquierda contra la derecha necesariamente fracasan, ya que no se derivan de conflictos sociológicos. Hay algo más que está en juego: el terreno de la filosofía política normativa y las visiones discrepantes de la base moral de la *polis*, ya que toda sociedad viable es, *au fond*, un orden moral en el que la gente tiene en común la conciencia de clase y el respeto consciente por unos y otros y por la sociedad.

Escribo como me definí antes: como un socialdemócrata en economía, liberal en política y conservador en cultura. No veo contradicción en esto, pues el terreno económico no es un fin en sí, sino un instrumento, el medio para generar riqueza y encontrar un medio justo de distribución dentro de "el hogar público". Creo que en el terreno económico las exigencias de la comunidad tienen prioridad sobre las del individuo, pues el carácter de una buena sociedad se define como la que proporciona un buen nivel de vida para todos, confiere dignidad y permite participar en la sociedad. Soy conservador respecto de la cultura porque creo en la continuidad y la tradición, y en una serie de ideas "arnoldianas" sobre el filisteísmo de la vida burguesa.

Estos términos antiguos (socialista, liberal, conservador) se vuelven una maraña de palabras que inevitablemente distorsionan los matices y, sobre todo, lo enredan a uno dadas las asociaciones que la gente establece con estas palabras. Lo que digo es que estas tres posturas armonizan debido a la visión *normativa* de la sociedad como "hogar público", opuesto a la incoherencia de las visiones morales expresadas por los conservadores reaccionarios, que fomentan un individualismo irrestricto en la esfera económica y el tutelaje moral en las cuestiones sociales y culturales.

Creo que "el hogar público" también constituye una manera de escapar al rígido igualitarismo que termina como un fenómeno nivelador, pues una vez que se establece una norma básica, lo que la gente hace con el resto de sus ingresos es cuestión suya, siempre que no lo emplee para la conversión

ilegítima del dinero en exigencias en otras esferas, como la del poder o el status.

Empero, el meollo del asunto está en el terreno político. Aquí, la filosofía de cada quien por fuerza está condicionada por las creencias normativas, y no sólo por ellas, sino por la valoración de la naturaleza de la sociedad en que uno vive. En 1965 inicié la Comisión para el Año 2000, en un intento de mostrar algunos de los lineamientos estructurales de los futuros problemas de la sociedad norteamericana. En el primer informe, "Hacia el Año 2000", escribí:

La única predicción del futuro que podemos hacer con seguridad es que las autoridades públicas encararán más problemas de los que han tenido antes históricamente. Esto se debe a algunos hechos sencillos: las cuestiones sociales están entrelazadas de manera más intrincada cada vez, pues el impacto de cualquier cambio de importancia se siente rápidamente en el sistema nacional y también en el internacional. Las personas y los grupos, más conscientes de que estos problemas son problemas, exigen que se tomen medidas, en lugar de aceptar tranquilamente su destino. Como en el terreno político se tomarán cada vez más decisiones que en el mercado, habrá conflictos comunitarios más abiertos. El terreno político es una cancha abierta en la que los puntos de decisión son más visibles que en el mercado impersonal; los diferentes grupos chocan más directamente, pues compiten por tener ventajas o tratan de resistirse al cambio de la sociedad.

Por todas estas razones, la sociedad del año 2000... será más frágil, estará más expuesta a las hostilidades y a la polarización en muchos renglones.

En todo caso, estas tendencias se han acentuado en los últimos treinta años. Todas las sociedades de hoy, excepto Japón, son plurales; cuentan con gran cantidad de nuevas minorías y, en todas las áreas deben tomar medidas económicas, sociales y morales que producen fricciones y fracturan al Estado. Si existe algún principio superior que deba seguir cualquier sociedad, necesariamente es el principio de la tolerancia y el pluralismo, la voluntad de practicar una política civil, no ideológica, o acabaremos como en Líbano, con una brutal desintegración del orden, o con una sociedad autoritaria en la que el orden se impone por la fuerza.

¿Existen algunas reglas prácticas o una crítica del juicio que se sigan de ese principio? Me parece que hay dos. Una es aceptar la distinción, que se remonta a Kant, entre los terrenos público y privado, y aceptar la consecuencia de que las medidas morales pertenecen principalmente al terreno privado y no pueden aplicarse mediante la coacción pública. La otra es evitar la politización de las medidas culturales y simbólicas pues, por su misma naturaleza, no son negociables y sólo pueden provocar conflictos públicos.

El terreno público es ante todo un terreno de procedimientos (un buen principio liberal) en el que se establecen las reglas del juego y en el que un marco constitucional fija los límites del contrato. El terreno privado es el de las decisiones personales sobre las creencias y la conducta moral, sujetas sólo a las reglas de las asociaciones y grupos a que pertenecen voluntariamente los individuos.²

Lo que argumento es que, dentro de la sociedad moderna, un orden social viable sólo puede mantenerse mediante un principio de liberalismo que trate de acentuar la diversidad

de las creencias particulares y grupales, y equilibre el particularismo de los grupos constituyentes con el universalismo de las reglas comunes. Como escribió cierta vez Sidney Hook en defensa del pluralismo: "el error básico es [la] creencia de que hay un principio o valor del que pueden derivarse todos los demás principios y valores morales: es el no reconocer la pluralidad irreductible de los valores en el terreno moral..."

Paradójicamente, la reacción contra la modernidad sólo puede contenerse si se reconoce el principio de autoridad (la autoridad adquirida de las clases profesionales y la autoridad moral de la élite política) basado en el respeto a la realización.

En todas las sociedades, a las instituciones las moldean inicialmente el poder directo o indirecto, y los modos de coacción, brutal o sutil. Empero, el poder se suaviza cuando existe una autoridad respetada por el pueblo, una autoridad basada en un consentimiento voluntario. Me parece que el fracaso de las élites y los grupos de poder —que son intrínsecos a todas las sociedades— para adquirir esa autoridad respetada, es el legado más perturbador de los acontecimientos de finales del decenio de 1960, en las universidades y en el terreno político.

La reacción en contra de la modernidad trata de restablecer la autoridad tradicional que descansa francamente en los pilares del poder y en su amenaza explícita de fuerza y coerción. Se trata de una nueva clase de "totalitarismo" que fusiona a la religión con la vida pública y acaba con la tolerancia y el pluralismo. El capitalismo tendrá sus contradicciones culturales, y la vida burguesa será filitea, pero estos son pelillos a la mar frente a la necesidad de mantener la autonomía de los terrenos (dentro de límites morales) y la apertura de un sistema político que respete los derechos y el régimen de derecho.

NOTAS

¹ Para reducir el riesgo de posibles confusiones, considero que la *modernidad* es una perspectiva del mundo que pone más acento en la *experiencia* de la vida y del pensamiento que en la tradición, como clave para elaborar juicios. El *modernismo* es una corriente cultural que expresa esa perspectiva en términos simbólicos y expresivos. El *modernismo* tiene también una connotación religiosa específica que discuto más adelante.

² Dejo de lado la relación de lo público y lo privado en el terreno económico, pues si hablara de ella me extendería demasiado. El mercado es el mejor medio de lograr que la distribución sea eficaz, pero el mercado existe dentro del sistema de valores de una sociedad, y esto guía las prioridades de la elección. En la sociedad occidental, los diferentes fines han guiado el sistema de precios, pero yo sí creo que uno puede establecer una economía de mercado social.

1° de noviembre de 1990
Cambridge, Mass.